

# LOS CORSARIOS DE SALÉ

José Manuel GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA SEÑÁN  
Capitán de navío (R)

La emigración de comerciantes musulmanes a las costas de Berbería y Oriente había empezado ya antes de la conquista de Granada, cuando las armas de Castilla y Aragón comenzaron a asomar por los puertos de Levante y Andalucía. Muchos de ellos se instalaron en lugares donde eran bien recibidos por contar con sucursales fundadas por los que les habían precedido.

El Maghreb-al-Aksa fue el destino de la mayoría de los que emigraron, que se instalaron en el litoral de Berbería, muchos de ellos en Salé, en la desembocadura de río Bu Regreg, aunque también los hubo que se dirigieron tierra adentro, a Fez y Mequinez, y otros al Principado de Tremecén e incluso a Túnez, donde eran muy bien recibidos por ser un reino de escasa población. Todos estos moriscos fueron los que prendieron la llama contra la religión cristiana, y el fuego islámico no se limitó a las costas de Berbería, sino que se extendió mucho más lejos, alcanzando Asia hasta Damasco y Bohara, de lo cual se beneficiaron no sólo los príncipes de Berbería, sino el emperador de la Sublime Puerta y el soldán de Egipto.

Cuando la escuadra turca de Daud Pachá derrotó a la veneciana de Antonio Grimani en el año 1499 en las proximidades de cabo Navarino, la alarma se hizo general en todo el Mediterráneo, y cuando estas noticias alcanzaron a los moriscos a través de sus hermanos establecidos en las costas de Berbería, dieron lugar a un levantamiento tanto de moriscos, ya descontentos por las medidas dirigidas a su conversión al catolicismo. Pronto fue sometida la insurrección, proclamándose una ley, en febrero de 1502, que obligaba a abandonar tierra española a los mayores de catorce años que se negasen a ser bautizados, aunque la mayoría optó por la conversión, unas veces sincera y otras menos, con tal de permanecer en su país.

Sin embargo, la expulsión no hizo más que alimentar la savia de animadversión que vigorizó a la población de Berbería, pues estas medidas favorecieron un mayor establecimiento de expulsados en sus costas. Si a esto sumamos la pericia marinera de los que procedían del litoral, que conocían bien las características y recovecos de la costa, y su facilidad para establecer contacto con sus hermanos moriscos que seguían viviendo allí, no es de extrañar que encontrasen en la piratería un lucrativo negocio que podían desempeñar con facilidad.

Portugal, que terminó antes que Castilla la Reconquista, va a ir ganando territorio hacia el sur por la costa atlántica africana. En 1416 se inició la cons-

trucción de la ciudad del infante don Enrique el Navegante, hoy conocida por Sagres, próxima al cabo San Vicente, que fue centro de estudio de la más alta técnica de navegación y cartografía de la época. Lagos, muy cercano, se convirtió en importante lugar de construcción naval debido a las buenas características de su puerto. Uno de los primeros éxitos fue el descubrimiento del archipiélago de Madera. En 1427, los portugueses colonizaban las Azores. (En realidad, el descubrimiento está oscuro; parece ser que habían sido descubiertas por una embarcación mora salida de Lisboa en 1013 con ocho tripulantes, la cual, navegando por el Atlántico se encontró con el archipiélago).

En tiempos de don Enrique, el cabo Bojador era el punto más meridional alcanzado en la costa de África. Portugal, en la era de los descubrimientos, amplió muchísimo sus territorios avanzando por la costa de África y doblando el cabo. Llegó a ser una gran potencia mundial en los siglos XV y XVI.

En 1415 tuvo lugar la conquista de Ceuta por el rey Juan de Portugal, tras larga lucha contra las fuerzas del rey de Fez y la escuadra del de Granada. Tras la conquista de la plaza norteafricana, se aceleró el proceso de la Reconquista de Castilla, en el que fue decisivo el dominio del Estrecho que ejercieron las escuadras castellana y aragonesa de los almirantes Enríquez y Requesens, que cortaron las comunicaciones del reino de Granada con los reinos de taifas de Berbería. Granada cayó en poder de los Reyes Católicos en enero de 1492.

Antes de terminar la Reconquista, se libró una guerra con Portugal por la sucesión en el reino de Castilla, conflicto que finalizó con la firma del Tratado de Alcáçovas, de 4 de septiembre de 1479. En virtud de sus cláusulas, Alfonso V renunció al trono de Castilla, e Isabel y Fernando, a cambio, renunciaban al portugués. Las dos coronas se repartieron las zonas de influencia en el Atlántico, quedando para Portugal la mayor parte de los territorios marítimos, con excepción de las Canarias, que se le reconocen a Castilla. Portugal se quedó con el control de las posesiones de Guinea, las islas de Cabo Verde, el archipiélago de Madera, las Azores y el reino de Fez, contrayendo los reyes de Castilla el compromiso de no enviar súbditos a comerciar en los territorios portugueses sin autorización del rey de Portugal.

Existen en la cuenca oriental y occidental del Mediterráneo dos frontones cuyas predominantes posiciones constituyen, para el que cuenta con ellas, una amenaza permanente para el tráfico marítimo próximo. El de Asia Menor abarca desde Egipto a Anatolia, con las magníficas bases del golfo de Alejandría, Esmirna y el mar de Mármara, y el de África Menor, muy próximo a nuestras costas, desde el cabo Espartel al cabo Bueno. En este último, las flotas de España y sus Estados italianos se batieron en defensa de la civilización cristiana frente al Islam en una guerra marítima de más de tres siglos.

Al morir Isabel la Católica, el 26 de noviembre de 1504, había testado marcando una clara línea de actuación con respecto a la política africana señalando textualmente: «...que no cesen de la conquista de Africa, e de puñar por la fe contra los infieles...»

El rey Fernando, impulsado por el conde de Tendilla y el cardenal Cisneros, aprobó un programa de operaciones cuyo primer objetivo era la conquista del castillo de Mazalquivir (Mers-el-Kebir) para, una vez reforzadas las posiciones en esta plaza, acometer la conquista de la importante plaza de Orán.

Melilla había sido ocupada bastante tiempo antes por don Pedro de Estopiñán para la corona de Castilla durante la noche del 17 al 18 de diciembre de 1497. Era un punto de gran interés estratégico, al estar situado en el límite de los dos reinos rivales de Fez y Tremecén. Aunque ahora no vamos a detenernos a explicar la campaña llevada a cabo por el gran marino don Pedro Navarro, señalaremos que fueron ocupados los puntos clave del estratégico frontón de África Menor, llegándose hasta Trípoli en esta primera acometida, aun cuando tuvimos un importante desastre en esta primera campaña en la Isla de los Gelves. Pero de momento quedaron protegidas las costas del sur de España y las de las posesiones italianas y el tráfico marítimo con Oriente. Las guerras de Italia fueron la causa de que se detuviese momentáneamente esta campaña.

Los portugueses habían avanzado en el reino de Fez a partir de Ceuta ocupando Arcila, Tánger y Alcazar-Zaguer, evitando de este modo que los piratas utilizasen las pequeñas ensenadas de la costa, sobre todo en la parte de Alcazar-Zaguer, enfrente de Tarifa, donde terminaba la región de El Habt (país del desembarco, ya que entre Alcazar-Quevir y Alcazar-Zaguer se reunían las multitudes que llegaban desde Rabat para cruzar el Estrecho).

El imperio de Marruecos o Mogreb-al Aksa (Occidente extremo) estaba constituido por cuatro reinos, todos ellos dependientes del Sultán. Se trataba de Marruecos, Fez y Sous en la costa atlántica y más al este el de Tremecén. Safi era el puerto de Marruecos o Marraqués; Salé o Rabat, el puerto de Fez, y Agadir el puerto de Sus o Reino de Tarudant. No facilitaba esta costa un exceso de puertos naturales para el asentamiento de los piratas berberiscos, que optaron por instalarse en los mejores que encontraron: Larache, Mahamora, Salé y Fedala.

La aparición de Salé la Vieja como ciudad amurallada tiene su origen en el siglo XIII a como consecuencia de una expedición organizada por los españoles en tiempos de Alfonso X el Sabio, que aprovechó una revuelta local contra el sultán merinida, conducida por el gobernador de Salé, para ocuparla y hacer botín. Una vez recuperado el control, el Sultán ordenó levantar murallas, que en la actualidad rodean la ciudadela vieja y un canal entre el río Bu-Regreg y Bab Mrisa (la puerta del pequeño puerto) para permitir el acceso a los navíos amigos.

A partir de esta época conoció Salé un período muy próspero, estableciendo relaciones con Venecia, Génova, Inglaterra y Holanda, convirtiéndose en el principal puerto del reino de Fes para comerciar con el exterior. Esta ventajosa situación de Salé la Vieja se mantuvo hasta finales del siglo XVI, en que perdió el estatus a favor de lo que hoy es Rabat, e incluso hoy en día la antigua Salé es una de las ciudades más tradicionales del país junto a Fes el Balí (la zona antigua dentro de las murallas).

La instalación de los moriscos andaluces en Salé venía de antiguo. Los primeros llegaron con las emigraciones de 1492, 1501 y 1502, y desde el principio fomentaron la piratería en aguas del Atlántico. Más tarde, durante la guerra de la Independencia de los Países Bajos, los berberiscos establecieron contacto con las autoridades de estos y cuando, a partir de 1589, buques ingleses y holandeses penetraron en el Mediterráneo, tanto los piratas de Salé como los de Argel y Túnez establecieron contacto con estos aventureros del norte de Europa que fueron sus maestros, adiestrándoles en el manejo de los buques redondos de vela, tan necesarios para la navegación en el océano, pues las características de este mar no permitían el empleo de fustas y galeotas, que cedieron su protagonismo a las fragatas, polacras y otro tipo de embarcaciones que utilizaban aparejo de cruz, o bien por jabeques y saetías que utilizaban aparejo latino. De este modo los *pardioseros de la mar* instruían a los berberiscos que a cambio les cedían fondeaderos, dotaciones y barcos.

El 4 de julio de 1578 tuvo lugar la batalla de Alcazarquivir o de los Tres Reyes, llamada así porque en ella perdieron la vida dos reyes moros: el Sultán y un pretendiente al trono, y el rey D. Sebastián de Portugal. Tres años más tarde se produjo la unión de España y Portugal, con lo que España ocupó gran parte de los puertos del litoral marroquí.

Larache era uno de estos puntos clave desde donde los piratas hacían estragos al tráfico de Indias, y aunque más tarde el duque de Lerma consiguió del Sultán la cesión de este puerto mediante hábiles negociaciones políticas, los piratas encontraron otro en Mahamora, estratégicamente situado en la desembocadura del río Sebú, próximo a una zona boscosa de donde se obtenía madera para la construcción de barcos.

Aunque D. Pedro de Toledo intentó cegar la bocana hundiendo siete barcos viejos de unas 300 toneladas cargados de piedras, la resaca y la corriente del río se ocuparon de que el éxito no fuese duradero, y como la situación se hacía irresistible se organizó una expedición contra este puerto a mediados de 1614. Mientras se simulaba un ataque a Salé por la escuadra de Miguel de Vidazábal, las escuadras de España y de Portugal, al mando de D. Luis Fajardo, con 5.000 hombres de desembarco y material de fortificación hicieron un desembarco en una playa al norte de Mahamora, tomando esta plaza por la espalda, incendiando 15 naves corsarias que había allí fondeadas. A partir de entonces la plaza se llamó San Miguel de Ultramar.

Mediante estas acciones se consiguió que la piratería del Atlántico quedase limitada a Salé-Rabat. La separación de estas dos ciudades a ambas orillas del río Bu Regreg es artificial, en realidad Salé era la ciudad vieja y lo que hoy es Rabat, Salé la nueva (1). Además de los miles de musulmanes andaluces que con toda su fortuna se habían instalado allí a raíz del decreto de expulsión de 1502, más tarde continuó la instalación de los Andalus en este lugar, pues entre los años 1576 y 1578 el sultán Abd-el Malek dio facilidades para la

---

(1) En realidad, el nombre de Rabat no fue impuesto hasta el último tercio del siglo XVII por el sultán Muley Ismail y corresponde a Salé la Nueva o Salé la Joven.

instalación de familias andaluzas que acudían con buenas fortunas. Por eso los andaluces en Salé tienen un poder importante y jugaron un papel en la piratería similar al que los turcos ejercieron en otros enclaves norteafricanos del África mediterránea como Argel, Túnez y Trípoli, fundamentalmente Argel. No es de extrañar que Rabat (Salé la Joven) conserve un ambiente español como consecuencia de la imposición de las costumbres y del idioma.

Por complejas razones que no vamos a detenernos a contemplar ahora, en septiembre de 1609 se publica el decreto de expulsión de los moriscos del Reino de Valencia. Bajo el mando de D. Pedro de Toledo se concentraron en Cartagena la Escuadra del Estrecho y las de Italia en Mallorca, y una vez ocupados los pasos de la sierra de Espadan y las galeras repartidas en los Alfaques, Denia, Alicante, etc., se procedió al transporte de los moriscos a los puertos de Berbería. Como era de esperar, los moriscos del Reino de Valencia, se alzaron aunque pronto fueron sometidos.

A la expulsión de los moriscos de Valencia siguió la de los de Aragón, Murcia, Andalucía, Cataluña, Castilla y Extremadura, estimándose entre 300.000 y 500.000 los expulsados. El transporte duró varios meses, y al margen de otro tipo de consideraciones, España sufrió en sus carnes las consecuencias de esta expulsión ya que eran buenos artesanos, agricultores y comerciantes, desapareciendo con ellos una gran cantidad de industrias de curtidos, sederías, paños, algodón, etc., quedando el campo abandonado en una gran parte de Andalucía y Extremadura. La desaparición del comercio con Oriente empobreció al país, pues muchos de los expatriados eran gente de buena posición que se llevaron muchos millones de ducados.

A 50 kilómetros de Mérida, en la provincia de Badajoz, había unos moriscos conocidos por «los Hornacheros», debido a que habitaban en torno al castillo de Hornachos. Eran famosos por su riqueza, merced a la cual habían obtenido del rey Felipe II determinados privilegios relacionados con la posesión de armas. Cuando, en 1610, se proclama el definitivo decreto de expulsión de los moriscos, se trasladaron a Salé unos 3.000 hornacheros, que se instalaron en la alcazaba de Rabat.

Los poderes marroquíes, al enterarse de su fortuna, los incitaron a la guerra de corso y pronto se convirtieron en importantes armadores de este lucrativo negocio que se beneficiaba a costa del tráfico marítimo de los que los habían expulsado.

En el año 1627, los hornacheros se consideraron lo bastante fuertes para independizarse del sultán de Marruecos y mataron al Caíd o jefe militar designado por éste. Negándose a pagar tributo se constituyeron en República Independiente, conocida como república independiente de la Desembocadura del Bu Regreg o de las Dos Orillas, aunque con frecuencia ambas riberas anduvieron en pugna.

Los hornacheros no permitían a los moriscos andaluces entrar en el castillo, ni que formaran parte del *diwan* o cabildo, especie de consejo de regencia constituido por los 14 hornacheros más ricos. Los restantes moriscos vivían en gran parte en la medina, urbe no fortificada construida en el Salé nuevo. Estos

últimos no participaban en las riquezas obtenidas por medio de la piratería y sólo se beneficiaban del zoco y del comercio con los marroquíes de productos agrícolas y ganaderos.

Éstas y otras circunstancias dieron lugar a la primera guerra civil entre hornacheros y moriscos, siendo los primeros apoyados por El Ayachi, santón con muchos partidarios en la zona norte de Marruecos y cabecilla de la *Jihad* o guerra santa contra los españoles, y que vio en la alianza con los hornacheros un modo de luchar no sólo contra los españoles, a los que quería echar de la Mamora, sino contra el propio sultán, cuyo trono buscaba.

Era una época en que las principales potencias europeas estaban ya bastante hartas de las actividades de esta flota corsaria de Salé la Nueva, que ya había atacado unos 1.000 barcos cristianos y hecho 6.000 cautivos, que se encontraban en las mazmorras de una torre hoy conocida como «del Pirata», causando unas enormes pérdidas económicas de las que dos tercios eran francesas, por lo que Richelieu envió al almirante Razilly con una flota de siete navíos entablándose un duelo entre los barcos franceses y la fortaleza.

Esta primera guerra acabó en 1630 mediante un acuerdo entre los dos bandos moriscos, que esencialmente consistía en que los moriscos de Salé la Nueva elegirían un gobernador que residiría en el castillo junto al gobernador hornachero. El Cabildo se haría paritario y las ganancias obtenidas con el corso también se repartirían a partes iguales entre moriscos y hornacheros.

Sin embargo, las diferencias entre hornacheros y moriscos continuaron, y así en 1636 estos últimos rompieron las relaciones pues, con ocasión de la boda de un hornachero con una morisca, El Caceri, el gobernador morisco, con un grupo de paisanos armados conquistó el castillo y encarceló a los principales hornacheros. Algunos se fueron a Argel y Túnez, y otros se pusieron bajo la protección de El Ayachi en Salé la Vieja. Empezaba el periodo de dominio morisco de la República de Salé, cuyo gobernador, El Caceri, inauguró con una declaración de guerra a El Ayachi.

En 1637 El Caceri construyó un puente de barcas sobre el río para acabar con El Ayachi y estuvo a punto de lograrlo, pero El Ayachi pidió ayuda a los ingleses y Carlos I envió una flota, al mando del almirante Rainsborough, que destruyó el pontón a cañonazos. El almirante inglés, cuyo principal objetivo era liberar a los ingleses cautivos en el castillo, cedió a El Ayachi algunos cañones con sus correspondientes dotaciones inglesas, los cuales abrieron fuego contra los moriscos. Después de liberar a sus cautivos, la flota inglesa levó anclas y se retiró.

Una vez alejados los ingleses, la situación en el castillo mejoró, pues los moriscos de El Caceri fueron socorridos por los españoles. En enero de 1638 El Caceri fue herido de muerte por un disparo. Su hijo hubo de quedar como gobernador del castillo, solicitó ayuda del Sultán, que le envió 350 soldados al mando de Morat François, un renegado francés.

Al comprender El Ayachi que no podía tomar el castillo, llegó a un acuerdo con los moriscos, de modo que los hornacheros pudieran regresar a la medina

y recuperar sus hogares y bienes. Pero la paz no duró mucho tiempo, ya que los hornacheros, ayudados por 1.000 árabes de El Ayachi, conquistaron la medina, aunque fracasaron en la toma del castillo, defendido por los moriscos y los soldados del sultán. Después, El Ayachi se dirigió a Mazagán a pelear contra los portugueses, y los moriscos permanecieron en el castillo con la ayuda de los españoles y de los soldados del sultán.

Esta segunda guerra civil acabó en 1641 con el asesinato de El Ayachi, estableciéndose una nueva situación en la que los moriscos eran los que estaban en el castillo y los hornacheros en la medina, ambos bandos protegidos por el señor de la Zawiza (2) de Dilá, que se proclamó defensor de la dinastía saadí. Las guerras citadas interrumpieron momentáneamente el corso, pero después de ellas continuó con más intensidad todavía.

En 1644 el señor de los beréberes animó a los hornacheros para que tomasen el castillo, contribuyendo él con sus barcos a reforzar el sitio. Los moriscos tuvieron que rendirse, pero el señor de Dilá mantuvo en el castillo únicamente una guarnición beréber. El corso continuó, pero ahora había que pagarle los tributos al señor de Dilá, que nombró a su hijo Abdalá príncipe de Salé.

El señor de Dilá fue derrotado en 1660 por el morisco Ahmed el Jadir Ibn Gailán, uno de los hombres de El Ayachi que apoyaron a moriscos y hornacheros para que expulsaran a los beréberes. La situación del príncipe de Salé se hizo insostenible, así que trató de llegar a un acuerdo con España, que le apoyaba junto con Portugal e Inglaterra, mientras Francia y Holanda se alineaban con los moriscos. Abdalá ofreció el castillo al gobernador de Ceuta, pero España tenía un tratado de alianza con Gailán, quien, al ver las dificultades de Abdalá, solicitó el rechazo de la propuesta, con lo que truncó la última oportunidad que tuvo España de tomar el castillo de Salé.

Gailán fue el último morisco que gobernó en Salé. En 1666 fue derrotado por Muley-El-Rachid, creador de la dinastía alauí, y de este modo desapareció la república de Rabat-Salé, que continuó con la guerra de corso pero pagando tributo al sultán.

Los renegados, en su mayoría holandeses, ingleses y franceses, jugaban un papel decisivo en las actividades de la flota corsaria. Allí por 1635 se podían contar en Salé más de 300 renegados. El jefe de la flota Morato Arráez era uno de ellos. Renegado holandés antes llamado Jan Jansen, era magnífico marino que después de ser capturado por los piratas de Argel, acabó practicando el corso desde Salé.

Los moriscos establecieron relaciones con el aventurero inglés Mainwaring, que les facilitó material traído de Holanda para la renovación de su flota, construyendo un astillero en el río en el que se botaban embarcaciones de fondos planos y poco calado, dadas las limitaciones de fondo de la barra. Eran barcos que no superaban las 300 toneladas, de poca borda y gran superficie

---

(2) La Zawiza era una cofradía de beréberes cuyo jefe se repartía la influencia en Marruecos con el sultán y El Ayachi.

vélica. Como contaban con muchos cautivos cristianos, las embarcaciones disponían siempre de remos. La mayoría de las veces el arráez era un renegado, aunque en ocasiones ejercía de tal un morisco andaluz pues eran muy buenos marineros.

Con dotaciones de 200 hombres y 18 ó 20 cañones, operaban en los puntos de recalada de los galeones de Indias, fundamentalmente en el saco de Cádiz, aunque también actuaban en las costas portuguesas e incluso en las de Francia e Inglaterra.

Entre 1666 y 1767 transcurrieron 101 años en los que la piratería salentina estuvo sometida al Sultán de Marruecos, al que reservaba un 10 por 100 de las presas y quien tenía la potestad de elegir los cautivos que le parecían convenientes.

Actuaban estudiando a los barcos avistados y asegurándose de que no eran de guerra, para lo cual recurrían a los renegados. Si se trataba de un barco de guerra o de mayor armamento que el corsario, este disponía de mayor ligereza para escapar. En caso contrario se recurría al uso de bandera falsa, para así facilitar la aproximación. Luego, se exigía la presentación de documentación a bordo del corsario y por sistema se alegaba falta de visado o no comprenderlos, con lo que se pasaba al abordaje conduciendo la presa a Salé. Procuraban evitar encuentros sangrientos, pero de todos modos siempre tenían mayores probabilidades de ganar pues una vez abordados disponían de una dotación superior en número de hombres.

Con los barcos que llevaban religiosos redentoristas de cualquiera de las tres órdenes: trinitarios, mercedarios y franciscanos tenían mucho respeto y jamás los abordaban por su propia conveniencia, pues les facilitaban el comercio de redención de cautivos.

Estas tres órdenes religiosas dedicaban su esfuerzo desde el siglo XIII a la redención de cautivos, trinitarios y mercedarios, en Argelia y Oriente, y franciscanos, en Marruecos.

Por su entrega y espíritu de sacrificio, al interceder con celo evangélico en favor de los cautivos, los misioneros franciscanos fueron respetados hasta por los propios sultanes de Marruecos, que les permitían visitar enfermos e incluso construir iglesias y los utilizaban como representantes diplomáticos para entenderse con España, y todo ello a pesar de las crueles condiciones que se vieron obligados a sufrir.

La flota corsaria llegó a tener entre 50 a 60 barcos, que atacaron, además de las costas de España, las de Inglaterra, Irlanda, Islandia, haciendo 200 cautivos en Plymouth y, en el año 1627, 400 en Reykjavik y llegando a alcanzar las costas de Terranova.

En cuanto a los tipos de barcos, contaban con bergantines, carabelas, jabeques, galeones, tartanas, fragatas, pinazas, fustas, polacras, pataches, etc., etc., siempre embarcaciones de poco calado para pasar sin dificultades la barra del Bu-Regreg y evitar, gracias a su ligereza, las persecuciones de las naves, generalmente más lentas, de las naciones europeas. Por lo general eran de vela redonda y armaban la artillería en los costados, contando también con remos

largos y artillería a proa. En principio estaban contruidos en los astilleros del Bu Regreg, pero cuando encontraban uno de características adecuadas lo incorporaban a su flota.

Los españoles se esforzaron mucho en acabar con este corso, y ahí están los nombres de Luis Fajardo, Pedro de Toledo, Miguel de Vidazábal, Pedro de Lara, etc., pero sólo se pudo frenar temporalmente la actividad de los corsarios.

Las campañas empezaban a finales de febrero y marzo dirigiéndose unos hacia San Vicente y otros cruzaban el Estrecho para actuar en el Mediterráneo. En abril salían los que iban a las costas de Galicia, en las que actuaban durante el verano, dejando los largos cruceros para septiembre, retirándose después a las islas de Bayona, Blidone y Sisargas, para dirigirse por último a Canarias en espera de las naves que iban en busca de vino, y ya en otoño se retiraban ante la época de los malos tiempos. De todas maneras, la mayoría actuaban en un radio de acción de unas 600 millas a partir de Salé y para ellos era muy importante el factor sorpresa, la superioridad numérica en hombres y muchas veces sorprendían a los incautos engañándoles con su idioma, pues siempre contaban con gente que hablaba en la lengua del barco avistado.

De las presas, el 10 por 100 era para el cabildo el 45 por 100; para el armador, y el 45 por 100 restante, para la tripulación, aunque también entre ésta se distribuía según los puestos que ocupaban. En el Diwan se utilizaba el español en los documentos oficiales, siendo muy poco utilizado el árabe por los moriscos, aunque tanto en Salé como en su fortaleza se hablaban todas las lenguas cristianas e islámicas.

Los franceses enviaron varias escuadras, la última, la del almirante De Sourdis en 1636. También Cromwell envió al almirante Blake en 1656, y Holanda, a sus mejores almirantes, como Tromp y De Ruyter, pero lo más que lograban era el rescate de cautivos previo pago del rescate.

En 1668 se reconoció la independencia de Portugal, con la consiguiente pérdida para España de las plazas de Mazagán y Tánger. La usurpación de Gibraltar por parte de los ingleses les facilitó el comercio con Marruecos, que les permitió usar las plazas de Tánger y Tetuán como suministradoras del Peñón a cambio de ayudar a su sultán Muley Ismael en sus ataques a Ceuta. También establecieron los ingleses relaciones con el Dey (3) de Argel y el Bey de Túnez facilitando un acuerdo entre los corsarios de Salé y Argel por el que los argelinos permitían entrar en el Mediterráneo a los de Salé y de este modo podían hacer las paces cada uno de ellos con la nación que estaba en guerra con los otros, pero la cantidad de presas no mermaba por la sencilla razón de que cambiaban la bandera por la de la otra nación pirática y así podían atacar a todas las embarcaciones que se encontraban.

El feroz sultán Muley Ismael incitó todo lo que pudo la piratería marroquí, permitiendo una vez más la autonomía de los piratas de Salé que le proporcio-

---

(3) Dey es el título del jefe o príncipe musulmán que gobernaba la regencia de Argel.

naban hasta 25.000 cautivos para el embellecimiento de la ciudad de Mequinez, en unos tiempos en que la redención de un cautivo era de un coste tres veces superior al de Argelia.

En los últimos años del sultán de Marruecos Muley-Abda-Allah, los piratas de Salé efectuaron un desembarco en Canarias pero, rechazados bravamente por los isleños, resultaron muertos casi todos los agresores. Al morir este sultán, le sucedió su hijo Sidi Mohamed, que sometió a la autónoma Salé a fin de organizar la piratería de un modo más oficial para sacar su provecho, tratando de utilizar a su manera la marina de los salentinos. Sin embargo, estas medidas hicieron que los corsarios de Sale fuesen más precavidos, a lo que se sumó también el desarrollo que estaban adquiriendo las marinas europeas.

Gracias al esfuerzo del padre Girón de la Concepción, superior de las Misiones Franciscanas, España pudo tener buenas relaciones con el sultán Sidi Mohamed de Marruecos. En el navío *Galicia*, enviado a Marruecos con tal fin, fueron trasladados a España 95 cautivos cristianos, y Carlos III puso en libertad a todos los cautivos moros del reino, suspendiéndose por ambas partes las hostilidades. Se ahondó más en el acuerdo, y se dispuso enviar una flotilla a Ceuta para recibir a un embajador que enviaba el sultán a Madrid a mediados de 1766, concertándose un tratado. Para ratificarlo se trasladó en 1767 a Marruecos, el ilustre marino y científico español Jorge Juan.

A raíz de este tratado se establecieron vicecónsules españoles en los puertos de Marruecos, concesión exclusiva de pesca en aguas marroquíes a los pesqueros españoles, libre comercio, expedición de pasaportes a los barcos mercantes, etc. estableciéndose una paz perpetua con la condición de que el corso fuese retirado de las costas marroquíes. De este modo finalizó la lucha contra la piratería berberisca en las costas marroquíes.

Todavía existe hoy en la medina de Rabat una calle que se llama «rue des Consuls», en la cual se instalaron cónsules de los Países Bajos, Inglaterra y Francia, dada la impotencia de las flotas cristianas para acabar con los corsarios. Lo cierto es que Europa no hizo frente común para neutralizar a los corsarios, por las frecuentes guerras entre las potencias, y además aquellos casi siempre violaban los tratados en pro del negocio.

Aún existen en Rabat los nombres de moriscos, que aportaron a la ciudad una gran regularidad en sus calles, cuatro principales y dos transversales y como hombres del Renacimiento aportaron influencia en la arquitectura, bordados, mobiliario, etc., así como en los cultivos del trigo, cebada, viñas, etcétera.

Los piratas finalizaron su actividad a principios del siglo XIX, ya que algunos sultanes les dieron su apoyo para asegurarse esclavos que trabajaran en sus construcciones extravagantes y la capitalidad de Rabat no tuvo lugar hasta la época del protectorado francés.

## Bibliografía

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española, Disquisiciones Náuticas*.
- CARRANZA, Fernando de: *La Guerra Santa por mar de los corsarios berberiscos*.
- CEBRIÁN Y SAURA, José: *Páginas gloriosas de la Marina de Guerra*.
- THOMAS WALSH, William: *Felipe II*.
- GUILLÉN, Julio F.: *Historia Marítima española*.
- CEREZO MARTINEZ, Ricardo: *Las Armadas de Felipe II*  
— *La Proyección Marítima de España en la época de los Reyes Católicos*  
— «La Táctica Naval en el siglo XVI», *Revista de Historia Naval*.
- OTERO LANA, Enrique: *Los corsarios españoles durante la decadencia de los Austrias*.
- GALINDO, LEÓN: *Historia de las posesiones españolas en África*.
- GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA SEÑÁN, José Manuel: «La Marina Española contra la piratería berberisca» *Revista General de Marina*.  
— «Los Corsarios de Salé», *Revista General de Marina*.
- MASIA DE ROS, Ángeles: *Historia general de la piratería*.
- LUCENA SALMORAL, Manuel: *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América: perros, mendigos y otros malditos del mar*.
- OCAÑA TORRES, Mario L: *Corso y corsarios en el Estrecho de Gibraltar*.
- COINDREAU ROGER, Roger: *Les corsaires de Salé*.
- FERRER, Diego: «Apuntes para la Biografía del Almirante D. Antonio Barceló», *Revista General de Marina*.
- RAURICH, Salvador: «La piratería berberisca en las costas de Cataluña». *Revista General de Marina*.  
— «La piratería en las costas de España y las Islas Baleares», *Revista General de Marina*.  
— «Las Obras Pías de beneficencia para la redención de cautivos de la piratería berberisca», *Revista General de Marina*.
- ENCICLOPEDIA GENERAL DEL MAR.
- SANCHEZ RUANO, Francisco: «El Imperio Español en el Marruecos Atlántico», *Revista de Historia Naval*.
- PADRE CASTELLANOS: *Historia de Marruecos*.